

están constantemente fundidas, por razon de la alta temperatura que sufren, segun parece, en el interior: al ménos es lo que debe suponerse al considerar esas enormes masas de metales fundidos, que arroja el seno del globo por los cráteres volcánicos, y que presentan el conjunto mas sorprendente, cualquiera que sea el lugar donde se les observe y la época á que se remonte su proyeccion á la superficie del suelo.

Las fuentes minerales, las aguas termales de toda especie, que á veces conservan el calor de la agua hirviendo, nos ofrecen nuevas pruebas de la alta temperatura que reina á cierta profundidad.

No contentos con estas consideraciones generales, que podian presentar solamente una apariencia engañosa, muchos fisicos y geólogos se han ocupado en determinar por medidas rigurosas, si realmente aumenta el calor de las capas á medida que se desciende, y han reconocido que sucede así, al ménos á las profundidades á que nos es posible llegar.

Entre las observaciones mas curiosas sobre este particular, debemos considerar las de M. Trebra, inspector de minas, que ha visitado las cavidades artificiales mas profundas, y ha determinado, despues de esperiencias reiteradas, hechas con el mayor cuidado, que la temperatura de las rocas se aumenta proporcionalmente con la profundidad, y que ha creído poder establecer que este aumento es de un grado del termómetro centigrado, por cada 90 ó 100 piés. Otras observaciones hechas por diferentes geólogos en muchos lugares, conducen á la misma conclusion sobre el aumento de temperatura de las capas profundas; pero no han podido decidir si este aumento se verifica del mismo modo en todas partes, y han notado que el que corresponde á una profundidad dada, varia muy sensiblemente segun las localidades.

M. Cordier, que se ha dedicado particularmente á las investigaciones que nos ocupan, ha creído percibir que la diferencia de aumento se encuentra en algunos lugares, doble y aun mayor de lo que es en otros.

No solo citaremos en apoyo del aumento de calor de las capas profundas, las observaciones hechas en las mismas, hablaremos tambien de las practicadas por uno de los sabios mas ilustres de nuestros dias, M. Arago, que ha tomado la temperatura de las aguas de las fuentes llamadas artesianas; de las que vienen de profundidades considerables, que segun la ley conocida del equilibrio del calórico, no pueden

dejar de dar la temperatura de las capas que han estado depositadas.

Por lo que acabamos de esponer se concibe que es imposible suponer que la tierra sea calentada únicamente por el influjo del sol; pues si tal fuera, se encontraria bajo cada latitud, á una profundidad determinada, una temperatura que seria la media de todas las que suceden en la superficie, y que se prolongaria siempre del mismo modo hasta las mayores profundidades.

Pero esto no sucede, y para comprobarlo basta descender algunos piés bajo la superficie de la tierra y sustraerse á las variaciones diurnas lo cual se puede hacer en las minas. Es verdad que á poca profundidad, la temperatura no varia sensiblemente, y que hay un punto en que permanece estacionaria; pero descendiendo aun mas, se nota un aumento progresivo, como lo demuestran numerosas observaciones, y entre ellas las de Trebra de que hemos hecho mencion; por lo que debe inferirse que hay una fuente, digamos así, de donde emana el calor interior.

Para que en la superficie del globo obrase el calor solar con alguna fuerza, es necesario que sea concentrado por la reflexion de los cuerpos sobre que cae; de no ser así, su accion seria casi insignificante en algunos casos, como sucede con las altas montañas, cubiertas siempre de nieve; y completamente nula en otros, de los cual son una prueba las altas regiones de la atmósfera, en donde se sabe que reina un fuego muy intenso, debido al mayor aislamiento de aquellos lugares y á la falta de cuerpos que reflejen el calor de los rayos solares. Un físico célebre de nuestros dias, M. Gay-Lussac, elevó en un globo aerostático 7000 metros sobre el nivel del mar, y llegó á experimentar un frio de 10° bajo de cero del termómetro centígrado, que en la superficie de la tierra habria marcado 30° sobre cero; y es natural que á mayor altura sea menor aun la influencia del sol, y que por lo mismo se encuentre un tanto excesivo que nadie podrá sufrirlo.

Un gran número de naturalistas, respetando siempre el poder infinito del soberano empuje del universo, y admirando la influencia inmensa que ejerce sobre la naturaleza, han considerado á nuestro globo como una gran masa fundida é incandescente, cuya superficie superior se ha enfriado poco á poco por su

(1) 8353 varas mexicanas, 3 pulgadas, 5 líneas. el concepto de que considero la vara mexicana compuesta de 838 milímetros.—[Nota del traductor.]

miento en el espacio, y ha formado una costra sólida, que es la tierra que habitamos, que irá aumentando progresivamente de espesor, á medida que el enfriamiento de las primeras capas superficiales se vaya comunicando á las inferiores, hasta formar un todo enteramente compacto; de suerte que si juzgásemos segun esta hipótesi, debiamos inferir que la masa interna, que la consideramos líquida é incandescente, segun hemos dicho, acabaria por solidificarse y enfriarse como lo está hoy la superficie exterior. Y si discurriésemos del mismo modo con respecto al sol, y lo mirásemos en la actualidad como á la tierra en los tiempos primitivos, debiamos creer que al cabo de muchos siglos, cuando se hubiese enfriado su superficie externa, se apagara para siempre y reinarian eternamente las tinieblas y la oscuridad mas espantosas é insoportables.

Esta hipótesi ha sido admitida por Buffon, pero no debemos espantarnos temiendo que el enfriamiento de la tierra nos traiga cambios funestos de las actuales leyes de la naturaleza, pues el sabio M. Fourier ha probado matemáticamente que si aun ejerce el calor interno alguna influencia en la superficie del globo, no puede elevar su temperatura arriba de un décimo de grado; de lo que debe inferirse, que el enfriamiento total no produciria cambio alguno en las estaciones de cada clima, mientras que la intensidad del calor solar no disminuyese sensiblemente.

Acabaremos este párrafo notando en apoyo de la opinion, que hemos emitido sobre la masa interna que por considerable que sea el número de los volcanes que existen en la actualidad, ha debido ser mucho mayor en otro tiempo, como lo prueban las innumerables señales de volcanes apagados que se encuentran en casi todos los paises, y que son reconocidos por las lavas que han esparcido en el suelo de las cercanias.

Los primeros volcanes de la tierra se han abierto casi todos en terrenos primitivos, antes

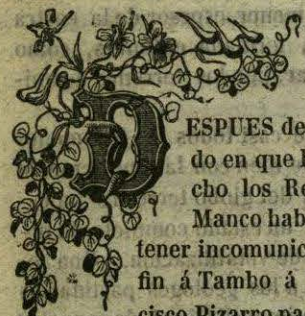
que los secundarios hubiesen sido formados, despues han sido cubiertos por estos, cuya formacion sucesiva es debida, sin duda á la mar ó á inmensos lagos de agua dulce. Pero no anticipemos lo que hemos de decir mas adelante, y contentémonos con observar, que si en los primeros tiempos fué mayor el número de los volcanes, que hoy dia, se debió segun nuestra opinion, á la mayor actividad de la masa interior, y al menor espesor de la costra ó capa superficial, formada entónces, como acabamos de indicar, por los terrenos primitivos.

Vemos, pues, que casi todos los fenómenos concuerdan bastante bien con la suposicion de que la masa entera del globo terrestre ha estado al principio en un estado completo de incandescencia y aun de volatilizacion. Una sola cosa embarasaba á los geólogos partidarios de esta hipótesi: la imposibilidad de concebir como se habian formado ciertas rocas, cuya fusion y recomposicion no se podia obtener por medios artificiales, á pesar de la laboriosidad con que se procedia. Pero esta dificultad ya no existe, pues un químico alemán, Mifberlich, ha llegado á formar últimamente todas las piedras, exponiendo á una alta temperatura, en hornos apropósito, las materias constitutivas de cada especie en la debida proporcion, hallada por el análisis. „Este precioso deseubrimiento, dice Cuvier, parece demostrar casi rigurosamente una hipótesi célebre, emitida sin pruebas por Descartes, Leibnitz y Buffon, á la cual ha dado un alto grado de certidumbre los trabajos de M. Laplace; y se puede, pues, mirar como probado, que la tierra tiene un calor propio, independiente del que recibe del sol y que es un resto de su calor primitivo. Esta reincidencia en las ideas anunciadas en otro tiempo por nuestros mas grandes hombres, prueba que no deben despreciarse ni aun las conjeturas mas atrevidas de los hombres de ingenio.»

(Se continuará.)



MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.



DESPUES de un sitio prolongado en que habian sufrido mucho los Reyes y Cuzco que Manco habia procurado mantener incomunicadas, se retiró por fin á Tambo á rehacerse. Francisco Pizarro padeció mucho en su ánimo, no recibiendo noticias de Cuzco, y cuando ya vió que los enemigos le dejaban, mandó socorro allí á sus hijos, juzgándolos no sin fundamento, muy necesitados de él. Pero era ya tiempo en que sentian alivio por la retirada del enemigo, y que Hernando Pizarro, dejando encargada la plaza á Rojas, salió en pos de Manco para Tambo, llevando consigo á sus hermanos Gonzalo y Pedro.

Como entendiése Capac que de la ciudad le seguian los Pizarros, procuró atraerlos cautelosamente, y con muy poca tropa caminando gran trecho adentro de aquellas montañas por las cuales habia esparcido su gente, de modo que no fuese vista. Y así creyeron los Pizarros que el Inca no tenia mas tropa que la que con él marchaba á la vista de ellos, que se apresuraron á darle alcance, andando en esto tan descuidados que no se curaron de repartir gente que les cubriera la espalda, sino antes bien, con la esperanza que de la victoria tenían todos, se aligeraba cada uno por tomar al Inca y conseguir la gloria, y así de este modo engañados, caminaron un buen espacio, y ya á punto casi de apoderarse de los fugitivos, dieron estos la vuelta sobre aquellos, y con tanto ardor se combatieron, que apenas les quedaba tiempo para volver riendas á sus caballos y dar la vuelta á Cuzco, y se encontraron cercados por todas partes de enemigos que les llovian piedras sobre sus cabezas, y en tal manera les llovian, que era mas difícil que la vista penetrase por entre las piedras que subian ó bajaban por el aire, que por una gruesa nube de humo; tal era la multitud de piedras que entonces hendian los aires.

al cabo su empresa, reunió su gran consejo, y en él se acordó de entrar en el Cuzco del mismo modo que los españoles habian penetrado en Tambo. Hizose en efecto así, pero solo llegaron á las cercanías de aquella ciudad, de la cual como los hubiesen visto salió Hernando Pizarro y les atacó muy fuertemente, si bien no sacó la menor parte de la accion, en la cual perecieron algunos de los suyos. Con esto se retiró el Inca á Tambo, donde le dejaremos por ahora, aguardando noticias de Almagro.

Aunque el rey de España en sus provisiones no señalara determinadamente el Cuzco para Almagro, con todo, le daba el gobierno de la Nueva-Toledo, dentro de cuyos limites se hallaba el Cuzco. Cuando hizo la expedicion á Chile, creyó que tomando aquellos lugares podría quedar compensado y enriquecido, mas que con su gobierno, así es que á la manera del perro de la fábula, soltó la presa que ya tenia asida, juzgando que se iba á tomar otra mejor. Mandó unos descubridores que le diesen noticia de como se hallaban aquellos terrenos de Chile, y entrado que hubieron en ellos, buen trecho al parecer, pues que acaso se ocultaron luego á poco de transcurrido un regular espacio de tiempo, de modo á hacer creer al Adelantado, que le habian odedecido, y volvian diciendole que no eran aquellas tierras sino muy estériles, y en las que no habia minas como se habia supuesto, con lo que procuraban desanimarle para que no entrase mas adentro, y todos los suyos tambien le decian llevados de intereses particular que diese la vuelta á Cuzco, puesto que de no hacerlo, perderia su gobierno que le pertenecia, como que era de la jurisdiccion de la Nueva-Toledo. Esto fué lo que obligó á Almagro á dejar su empresa y volver con ánimo de disputar el Cuzco con las armas, si de grado no se la entregaban los Pizarros. Determinóse pues, á volver, y ya despues de caminar buen espacio y largos días, al llegar á poblado se entró en Arequipa, y allí fué donde supo la sublevacion del Perú, y luego como tenia amistad con el Inca, le mandó decir que porque así se habia movido á revelarse cuando le era mostrado tan grande afecto, por parte de los conquistadores, en cuya compañía se encontraba bien favorecido y respetado.

Contestóle Manco muy cortesmente, que mostrándole el estado de Hernando Pizarro y de los españoles de Cuzco que le pedian á cada momento oro y al hajas y otras de estas cosas, se habia visto en cierto modo obligado á dejar aquella ciudad, á la cual habia declarado sitio, por lo mucho que de ella á cada paso le importunaban, y así que

le decía, que puesto que era su amigo, y que habia de querer, por otra parte, recobrar el gobierno que Pizarro le quitaba, hiciese armas contra este, para lo cual el propio Inca le ayudaría, y así que le proponia tener una entrevista en Yucay, donde convendrian el modo de como se habian de mirar. Mandó al Inca Almagro unos comisionados que le hiciesen entender como pasaba á Urcos, desde donde iria luego á esperarle á Yucay, á cuyos comisionados no quiso Manco dejarles volver al Adelantado.

Pasó este á Urcos y dejó allí á Juan de Saavedra con doscientos y cincuenta hombres, llevándose él igual número para Yucay. Hernando Pizarro entre tanto, sabedor de como Almagro volvia, y extrañando que no le diera de ello aviso, sospechó de él, y reunió á varios de sus capitanes para determinar lo que en aquel caso debian hacer. Acordóse en el consejo que saliese Hernando y otros á dar el encuentro al Adelantado, para saber de él mismo el objeto de su vuelta, y si descubrian que esta era con ánimo hostil, que le opusiesen luego resistencia sin ceder el Cuzco Hernando, que gobernaba en nombre del rey y de D. Francisco Pizarro.

Salió en efecto Hernando, y buscando paso para llegar á Urcos, le fué difícil hacerlo, porque en todos los puntos del tránsito encontraba á los indios, que fortificados le disparaban saetas y le arrojaban piedras, hasta que llegó despues de un largo rodeo á pasar, y cuando se aproximaba mandó dos comisionados que fuesen á ver á Saavedra, mientras que los indios enviaron tambien los suyos al mismo, para hacerle entender que habian pasado los enemigos y que debia destruirlos. A la sazón que los indios se hallaban con Saavedra, le fueron presentados los de Pizarro, á cuyo encuentro salia ya, y les hizo el recibimiento que como á palsanos correspondia, con demostraciones de gozo, lo cual así visto por los indios indispuolos, y los movió á llamar sobre ello la atencion del gefe español. Luego que este reflexionó en lo mal que obraba, mudando al punto de dictámen, se colocó á alguna distancia, é intimó á los de Pizarro que si no volvian á unirsele los combatiría. No le valió á Saavedra esto, pues los de Manco vinieron á decirle que no confiara en Almagro ni los suyos que se habian puesto de acuerdo con Hernando Pizarro, á quien habian recibido muy bien. Manco, pues desconfiando hizo su prevencion, de tropa que le acompañase, para evitar una traicion de parte de Diego de Almagro, que igualmente descon-

fiado se hallaba prevenido, esperando en Yucay á aquel.

Entre los diversos encuentros que durante el asedio de Cuzco y de los Reyes habian tenido españoles é indios, hallamos en Zárate, el Inca Gómara y otros, que un indio desesperado del fin de la guerra llamó á combate singular á cualquiera que quisiese hacerle frente; aceptó uno el reto, y dirigiendo la lanza al pecho del que le retó, este asiéndose de ella se la quitó á su enemigo, que visto por otro que sin remedio estaba perdido, acometió igualmente al indígena, que practicando la misma operacion con la segunda, trató de rechazar á sus dos adversarios, y entónces Gonzalo Pizarro dió voces precipitadamente, diciéndoles no ser de caballeros ni caber en pecho español aquel modo de combatir, arrogancia propia de la valerosa estirpe de Pelayo. Hizo pues, separar á sus dos compatriotas de la lid, y la emprendió solo, si bien descuidando apearse del caballo, enristró la lanza, fuése sobre el enemigo que le esperaba de pié, parado sobre la una lanza de las dos que acababa de tomar, y con la otra en las manos dejó llegar á Gonzalo, que herida la cara de su caballo dió con este en el suelo, cayendo por las ancas. El indio aguardó á Gonzalo que se desembarazara, y cuando ya lo estaba, embrazó la lanza, arrojando la suya se apoderó de la de Gonzalo, que teniéndola solo con la mano izquierda, probó á sacar miéntras con la derecha su espada: consiguiólo en efecto, y pensó cortar las manos al indio, pero reflexionando en su esfuerzo, meditando en su generosidad, arrojó su espada á tiempo que venian los otros dos en su auxilio, creyéndole como estaba en grande aprieto, les hizo retirar, y corrió abriendo los brazos á estrechar á su enemigo. Desde entónces Gonzalo y aquel indio se amaron, y si alguna vez en lo mas reñido de una accion lograban ponerse de frente, sus armas se embotaban, y ya no se herian.

Refiere el padre Calancha y con él el Inca Garcilazo de la Vega, que lo que desanimó á los indios en el prolongado sitio de que hemos hablado, fué la repentina *aparicion del apóstol Santiago, que montado en un caballo blanco como un rayo, se les presentaba por todas partes en medio de los combates, y como semejantes apariciones se refieren en muchos historiadores españoles muy antiguos, y no sabemos nada de esto en la historia moderna, extrañamos por lo mismo el afan del apóstol, por quitar á los españoles su gloria en los principales combates, y que no los ayudara en su independenciam, ó en la conservacion de sus colonias; quizá sería el*

santo una de las victimas del dos de mayo, y por eso no se le ha vuelto á ver, ó moriría en Pavia, que de entónces tampoco se tiene noticia que se presentara.

Aunque hemos dicho que Pizarro no tenia noticia en los Reyes de Cuzco, tentó con todo á auxiliarle, y mandó entre otras partidas una á las órdenes de Diego Pizarro, que concluyó en el camino, de manera que de todos los que salieron de los Reyes á Cuzco, no llegó uno solo, cuyo número de muertos, unos lo hacen subir á setecientos cincuenta, que es la opinion mas comun, y otros cuentan nada mas que cuatrocientos; sin embargo, sea cual fuere, fué siempre un recio descalabro para el gobernador, que no quiso aventurar mas tropa.

Volviendo ahora á lo de Saavedra y Hernando que se habian puesto en ademán de combatir, requirió aquel á este que dejase el gobierno de Cuzco, que pertenecia á Diego de Almagro, si no queria que hiciese armas contra él. A pesar de hacer esta amenaza Juan Saavedra no se veia en ánimo de cumplirla, cuando por una parte el Adelantado le tenia prevenido que permaneciera solo aguardando al enemigo, sin hostilizarle, y por otra reflexionaba que no debia él romper abiertamente con las buesles de Francisco, que llevaba una amistad tan íntima con Almagro, reflexion que con tuvo igualmente á Hernando.

Miéntas que esto así pasaba, Manco habia ido á Yucay, si bien cuando ya Almagro no le esperaba, y desconfiando mutuamente el uno del otro, con que ya se deja entender que fué inútil cuanto ellos hablaron, separándose el Inca y volviendo á reunirse á los suyos sin contarse por aliado, ni ménos amigo del Adelantado, aunque con el intento de seguirle poniendo calor para que pelease con los suyos, que de la parte de Pizarro se hallaban. Luego vuelto el Inca, comenzó á ofrecer sacrificios á los dioses, porque solos los españoles se destruyesen, y en efecto que vió logrados sus deseos, pues que irritado Hernando, se negó abiertamente á entregar el Cuzco, y Almagro unido á Saavedra llegó, le tomó la ciudad y le dió muerte. aqui fueron las desavenencias entre Almagro y Pizarro, sin que de la una ni de la otra parte diesen cuartel, volviéndose Almagro y Pizarro de amigos que ántes eran enemigos implacables, porque como dice á este intento Calancha, la amistad en los corazones de los hombres es bienes muebles, mas el odio y la enemistad son bienes raices, y tan arraigados que casi está en el arbitrio de los hombres el extraerlos de raiz.

siguieronse á este otros muchos males, y cuando ya no se pudo quitar á Almagro su gobierno, se le privó de él por medio de una muerte violenta, persiguiendo en seguida á los suyos. El Inca sintió en extremo la muerte del Adelantado, ya por haber sido hecha con felonía, ya porque al fin habia sido su amigo, y á pesar de que tenia perdidas las esperanzas de recobrar por su medio y con su auxilio su imperio, con todo aun le amaba y le veia como un gran capitán, que siempre es llorada la muerte de los grandes hombres. No habia descuidado entre tanto Manco de hacerse de los españoles que habia podido; así es que los emisarios de Almagro los aseguró, y llevaba aun consigo, desconfiando de él. Era uno de ellos Rui Diaz, y se dice que les daba muy mal trato y los molestaba mucho; pero no se aviene con la índole natural del Inca, y mas si se nota que dió acogida á otros que huian de las autoridades, perseguidos por ellas, y les miraba con mucho aprecio.

Dicese que cuando Saavedra quedó en Urcos, se puso á ejecutar evoluciones militares para intimidar á los indios que las veian, pero que el general de estos les dijo porque habian atropellado á algunos con los caballos, „solo las órdenes de Manco pueden haberme contenido mas notad que si me enfado, bien sé ya que no sois hijos del sol, porque moris así vosotros como vuestros caballos, es de advertir que luego que caia un caballo gozoso corrian á hacerse de él, creyendo hacer una gran presa con él.

Si bien Manco esperaba sacar gran partido de las disenciones de los conquistadores, no dejaban de causarle algunos disgustos las inesperadas consecuencias de ellas. La muerte pronta de Almagro por ejemplo, no dejó de producirle una gran desazon, si se considera la amistad íntima que tenian uno y otro: el aprecio que mutuamente se profesaban y el modo infame con que Almagro fué privado de la existencia.

A pesar de tan infelices resultados, ninguna ventaja se proporcionó al Inca, quien tan pronto tuvo noticia de la muerte del adelantado Diego de Almagro, como supo de la del marqués Francisco Pizarro y la llegada del nuevo virey Blasco Nuñez.

Desesperando al fin de lograr el objeto deseado, Manco determinó retirarse á las montañas de Villacamba, y para esto hizo juntar á todos los suyos, dirigióles un discurso, amonestándoles que se fueran á las poblaciones á vivir con los españoles, puesto que no tenia ya re-

medio la pérdida de su imperio, pronosticada mucho tiempo hacia por Huaynacha, su padre, abrazólos en seguida con los ojos arrasados de lágrimas, excitando un sentimiento universal y muy vivo en todos, que le ofrecian el sacrificio de sus vidas por la recuperacion de su reino, pero en vano, la resolucion estaba tomada y se marchó con los de su familia.

Desde las montañas el Inca hacia de cuando en cuando sus correrias para proveerse de lo necesario para la vida, acometiendo á los caminantes y despojándolos de lo que llevaban consigo. En esta vida se pasó muy largo tiempo, proporcionándole impunidad las disenciones de los españoles que continuaban sin interrupcion, porque si bien Almagro y Pizarro habian desaparecido, y las causas anteriores habian cesado, presentáronse otras de nuevo con la venida de Blasco Nuñez. Este cometiendo arbitrariedades de todo género habia dado margen á nuevos disgustos. Nadie habia que estuviese contento de su gobierno que habia excitado grandes disenciones. Nuevas eran las causas, nuevos los contendientes, y nuevas tambien por último, las especies de ataques. Algunos sin embargo, que aunque pertenecieran al bando del virey, habian incurrido en su indignacion, no pudiendo acogerse á otros partidos que los detestaban, se refugiaron como á un lugar de asilo á las montañas de Villacamba, en donde el Inca los acogia con afabilidad, abrigando así en su seno á la vívora que algun dia lo devorara.

En efecto, cuando el virey notó las depredaciones del Inca, y reparó en el mal que ellas causaban, trató de poner el remedio pronto y eficaz; mas como no pudiese hacer uso de las armas, ya por que la posicion del Inca era de difícil acceso para combatirle, y le hacia por consiguiente inexpugnable, ya fuese mas bien por la crítica situacion en que él mismo se encontraba, teniendo que hacer armas contra todos los capitanes conquistadores, contra todas las provincias, contra todas las poblaciones, contra todos los individuos en fin, que habitaban el Perú. Así pues, determinó excitarle para entrar en arreglo, en convenios amistosos, y poner término á su malhadado modo de vivir. Vivian con Manco, como llevamos dicho, algunos españoles, y de entre estos escogió ya excitado, quienes fuesen á tratar con el virey. Este recibió con gozo la mision del Inca, y le ofreció garantías en nombre del rey, celebró pues las capitulaciones, y volvieron los encargados para que se ratificasen. Hasta aquí van acordes los autores, y su divergencia es

muy leve, y en puntos de poca importancia, que nada conducen á la investigacion de la verdad histórica, mas desde esto se encuentra una diferencia sumamente notable, que perjudicaria á la exactitud de los hechos si mereciesen igual concepto Herrera y el Inca Garcilazo de la Vega. Pero quien conoce á Herrera, al cronista del emperador, quien sabe el aprecio que debe hacerse de su testimonio indigno de entera fé, y recusable en esta materia, así como el del padre Calancha, puede muy bien dar crédito á Garcilazo despreciando á los otros.

Refiere Herrera que hechas y ajustadas las capitulaciones entre el virey y Manco, este que solo las habia propuesto como un ardid, salió con miras hostiles, dispuesto á combatirse con aquel, pero que descubiertas las depravadas intenciones porque llegó á emplear las armas, y á punto ya de acometer á los españoles, uno de los que en su compañía estaba le dió muerte, mas no con alevosía. He aquí segun Herrera muerto á Manco en castigo de su perfidia.

No del mismo modo se espresa Garcilazo, casi contemporáneo del Inca, de su propia nacion y afecto á los españoles, en medio de los cuales vivia, y en cuyo pais contaba los sucesos del Perú. Despues segun este, que se habian ajustado en proposiciones amistosas Manco y el virey terminadas las diferencias que los desunian, y que estrechaban al primero á vivir en

la soledad á usanza de fieras, y ya ratificados los convenios por parte de Manco que aguardaba otro tanto respecto del virey, á fin de aprovecharse de ellos, solazándose un dia con un juego de bolas, por haber lastimádole con un casualmente Gomez Perez, uno de los que con él estaban refugiado de Blasco que le habia perseguido de muerte, volvió airado reprendiéndole, y esto hizo al ingrato Gomez que resentido diera un golpe al Inca, de que murió. Así terminaron los aciagos dias del mas desgraciado y último de los monarcas peruanos, y como es de suponerse, disgustó tal atentado sobremanera á sus parientes, quienes irritados al pronto, vengaron su fatal fin, dando muerte á su alevoso asesino. Despues, desconfiando de los demas españoles, rompieron los tratados convenidos con el virey, y permanecieron remontados en Villalcamba, hasta la infausta ejecucion de Tupac Amaru, si bien por este se abstuviéron de cometer violencias en los caminos, á quienes ya no molestaron mas. Las cosas del Perú en tanto no caminaban con menor ventura, asesinado Blasco y los principales que le hacian la guerra, posesionados del mando de que fueron privados pasado algun tiempo, pero sin volver á la obediencia de que á cada paso se separaban, acostumbrados ya á la insubordinacion y al estado de rebelion continua.

CARLOS M. SAAVEDRA.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA

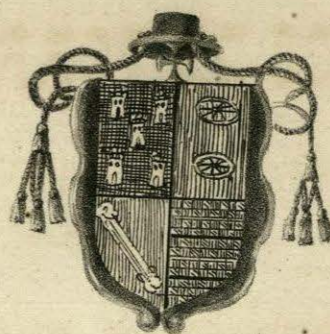
Obispo de Yucatan, gobernador de la Nueva-España. Desde 1648, á 1649.

1648.—1649.

MEMOS dicho que gobernando el conde de Salvatierra, y á tiempo aun que peleaban los je-

suitas, en los dias de reconciliacion llegó el nombramiento de gobernador puramente de la Nueva

Virey Mexicano



D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA

Gobernador de la Nueva España